table que sea, no sería otra cosa que un prejuicio, y estaría, como tal, sometido á las ilusiones. En efecto, el sentimiento nos dice que el sol gira alrededor de la tierra; pero la razón, iluminada por la ciencia, nos demuestra que la tierra gira alrededor del sol. El sentimiento rechazaba la creencia en los antípodas, y el papa Zacarías la condenó fundándose en la autoridad de Lactancio y de San Agustín; lo cual permitió á Pascal decir que el rey de España había obrado cuerdamente creyendo más á Cristóbal Colón, que regresaba de los antípodas, que al papa que nunca los había visitado (92).

Oigamos acerca del particular, la confesión de un miembro del clero cristiano: «La voz universal de la humanidad no es infalible. Era una creencia general en otros tiempos, según la evi-

(92) Para hacer comprender todo el poder de los prejuicios, basta recordar toda la historia de los oráculos. No eran en la antigüedad solamente la turbamulta vulgar, ni los magistrados y los generales, quienes creían ó aparentaban creer en los oráculos hasta el punto de conformar con ellos las cuestiones públicas; eran también los más parcos entre los atenienses y los romanos; eran Sócrates el razonador y Cicerón el escéptico. ¿Quién cree hoy en los oráculos, ni aun entre los bebedores de agua de la Saleta?

Emilio Littré ha dicho del presente libro: «El debate á que se refiere esta *Apología*, es la lucha entre las concepciones científicas y los sentimientos. Los sentimientos, como quieren la naturaleza humana y la historia, han ocupado el terreno antes que nadie, y es justo que las concepciones científicas los toleren, si bien confundiéndolas y turbándolos. A la larga, con su clara y viva luz, esas concepciones atraen á sí los sentimientos, es decir, los aplican al destino humano en su realidad».

dencia de los sentidos, que la tierra era estacionaria. La voz universal se equivocaba. La voz universal podría también equivocarse en la esperanza de una resurrección.» (*Sermones del reverendo W.-F. Robertson*).

Véome impelido forzosamente á convenir que una lógica severa, que separe el sentimiento y los sofismas, para atenerse únicamente á la razón pura, no puede llegar á la creencia en otra vida; todas las premisas hasta ahora presentadas, conducen á la conclusión contraria. Hay que resignarse á decir con Séneca el Trágico, es decir con toda la antigüedad estoica: «¿Qué seremos después de la muerte? Lo que éramos antes del nacimiento.»

***

Si anuncié, al principio de este capítulo, que mi opinión encontraría numerosos y grandes auxiliares, hay que convenir en que mi promesa no ha resultado fallida. He citado y nombrado muchos, sin contar uno de los más antiguos, el peripatético Dicearco, que en la ciudad de Platon escribió un libro, no sólo contra la inmortalidad, si que también contra la existencia del alma.

He ahí aun otros, de tiempos y de países di-

versos, que, bajo formas variadas y sacrificando más ó menos la prudencia á un objeto tanto tiempo peligroso, llegan todos á la misma conclusión.

Hic jacet pulvis et cinis, portea nihil
(Aquí yace polvo y ceniza, después nada.)

(Epitafio del cardenal Ant. Barberini, hermano de Urbano VII, aquel papa que decía: *Il mondo si governa da se stesso.*—El mundo se gobierna por sí mismo.)

Eurípides, en los fragmentos de *Antígono*, hace decir á Creon: «La muerte pone fin á las querellas de los hombres... ¿Quién creería, en efecto, hacer sufrir á las piedras pinchándolas con la lanza, ó hacer sufrir á los muertos llenándoles de injurias, si ya no experimentan ningún sentimiento?»

César y Cicerón, expresaban el mismo pensamiento no sólo en sus escritos sino en pleno Senado. «En cuanto á la pena—dijo el primero en el proceso de Catilina,—podemos afirmar ciertamente que, así en los sufrimientos como en la miseria, la muerte es un reposo y no un tormento, que hace cesar todos los males de los mortales, de suerte que después de ella no caben penas ni goces.» (Salustio).

«¿Qué mal ha podido hacerle la muerte—dice el último,—á menos que seamos tan imbéciles que adoptemos necias fábulas para creer que esté

condenado al suplicio de los impíos? Pero si esto es pura quimera, como está de ello convencido todo el mundo, ¿de qué le ha privado la muerte, sino del sentimiento del dolor?»

Plinicio, dice igualmente: «Para nosotros, sin excepción, el estado después del último día es el mismo que antes del primero. Después de la muerte, el cuerpo y el alma no tienen más sentimiento que antes de nacer. Es la misma vanidad quien nos lleva á eternizar nuestra memoria, y quien nos hace imaginar más allá de la tumba la mentira de otra vida.» (Lib. VII, capítulo 56, trad. de Emilio Littré).

«Persuádete — dice Séneca á Nerón — que quien no existe no puede sufrir; que todos esos terrores de los infiernos son fábulas; que no hay para los muertos ni tinieblas, ni mazmorras, ni río de fuego, ni río del olvido, ni tribunales, ni acusación, y que, en esta libertad suprema, no se encuentran tiranos.»

«Quien teme á la muerte—habla Marco Aurelio,—teme ó estar privado de todo sentido ó experimentar otras sensaciones. Pero si no tienes sentidos, no estarás sujeto á ninguna pena, á ninguna miseria; si tienes sentidos de otra especie, serás otra criatura.» (Lib. VIII, núm. 62).

«¿Por qué—pregunta por su parte Montaigne—pretendemos eternizarnos, después de este

instante que no es más que un relámpago en el curso infinito de una noche eterna, y una interrupción tan breve de nuestra perpetua y natural condición en que ocupa la muerte todo lo que precede y todo lo que sigue á este momento?»

«Ser ó no ser—dice Hamlet, de Shakespeare. —Morir; dormir; nada más.» Píndaro, había dicho: «¿Qué es ser? ¿Qué es no ser? El hombre es una sombra en sueños.»

El Eclesiástico, no teniendo ninguna idea, ningún presentimiento de una vida futura, dice muy cuerdamente: *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.* (Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que al polvo volverás). No he hecho otra cosa que repetir las palabras textuales del Señor en el Génesis, al arrojar á Adan del paraíso terrenal. Y el doctor en teología, Pedro Charron—que jamás injuriaba á los ateos, pues afirma que «el ateísmo, en su manera formal, no puede anidar más que en un alma muy esforzada» (*Las Tres Verdades,* cap. 3), —se expresa así acerca de la inmortalidad del alma: «Es la cosa más universalmente, religiosamente y plausiblemente recibida por todo el mundo (externa y públicamente, no como creencia interna, seria y verdadera), la más útilmente creída, la más débilmente demostrada y

establecida por razones y medios humanos.» (*De la Sabiduría,* lib. I, cap. 15).

Diderot, haciendo hablar su *Filósofo* á la *Mariscala,* dice: «Si podéis creer que se verá cuando ya no haya ojos; que se oirá cuando ya no haya orejas; que se pensará cuando no habrá ya cabeza; que se amará cuando no habrá ya corazón; que se sentirá cuando ya no haya sentidos; que se existirá cuando ya no se estará en ninguna parte; que se verá algo sin extensión y sin lugar; entonces consiento en ello.»

Mirabeau, dijo en su lecho de muerte: «Voy á entrar en la nada.» (Rabelais, había dicho: «Voy á buscar el gran puede ser.»)

Büchner, hace observar con razón que mejor podría darse el nombre de inmortal al cuerpo que al alma; pues aquél, si perece en su forma individual, permanece eterno en los elementos que lo componen, y que no pueden ser aniquilados; mientras el alma — ó el pensamiento — desaparece como la vida, con la combinación de los elementos que la habían producido. «¿Cómo admitir, en efecto, que después de la dispersión de los elementos del cuerpo, puedan sobrevivir, formando un conjunto único, las propiedades tan diversas que poseía cada uno de esos elementos?» (Gust. Le Bon.)

Esto anticipa la respuesta á la objeción de al-

gunos, y entre ellos los más cuerdos, que dicen: «Puesto que nada es creado y nada perece, el alma, creada ó no, no puede perecer, como ocurre con una simple molécula de materia.» No advierten que hablar así, es hacer del alma una *entidad*, un ser aparte, que ha entrado en el cuerpo y que de él ha de salir. No podemos admitir semejante pretensión, puesto que pensamos que el alma es sencillamente el resultado del organismo, y que se dé el nombre de alma á la función principal del sistema nervioso, cuyo centro reside en el cerebro. Es lo que expresa Voltaire con una sola frase feliz: «Conozco un hombre—dice en una carta á Mme. de Deffant—que está firmemente persuadido de que después de muerta una abeja, ya no subsiste su zumbido.»

¿Qué de extraordinario tiene, pues, que un ser frágil y deleznable como el hombre, que no tiene ninguna raíz en el pasado, ni por la memoria, no se prolongue en lo porvenir, ni por la esperanza, y esté limitado á la vida del presente? Esta tierra que le lleva y le alimenta, esta tierra de que es el principal habitante, ¿no está condenada, puesto que ha nacido, á tener fin? ¿No debe abismarlo en la ruina común, en la ruina universal? Después de haber sido un gas en fusión y luego una masa incandescente; después de haberse enfriado, poco á poco, de manera conveniente para formar su atmósfera exterior y su corteza sólida donde corren las aguas sobre el limo; después de haber dado nacimiento á las diversas plantas, desde el fucus hasta la rosa, y más tarde á los animales de todas clases, desde el anfioxus hasta el hombre, ¿es concebible que en una larga carrera de siglos, por ese enfriamiento sucesivo y siempre inexorablemente continuado (93), no recorra la tierra, en sentido inverso, el cielo entero de su existencia? ¿No verá desaparecer, una tras otra, todas las especies de animales que le pueblan, comenzando, sin duda alguna, por el hombre, que habiendo venido el último á causa de su más complicado organismo, debe, por la misma razón, ser el primero en partir? ¿No verá desaparecer en seguida todas las especies de vegetales que cubren su superficie, comenzando por las plantas alimenticias del hombre y de los animales? Y luego, en fin, árida y descarnada, sin agua y sin aire, ¿no caerá insensiblemente en el estado en que se encuentra ya la luna, su satélite, en estado de *cuerpo muerto?*

¿Qué habrá sido entonces de esos templos fastuosos donde anidan todas las supersticiones, y

(93) Dentro de nueve millones de años, según los cálculos de Bischoft, la temperatura de nuestro globo habrá bajado trece grados».

de esos palacios fortificados donde se encierran todas las tiranías? ¿Qué quedará del altar y el trono? ¿En qué se habrán convertido, sobre el cadáver del mundo, esos laboratorios donde se ejercen las ciencias bienhechoras, y esos museos donde se acumulan las obras maestras de todas las artes, y esas bibliotecas, vastos archivos donde se conservan todas las obras del espíritu humano? Nada será respetado, nada sobrevivirá; agotada, la humanidad perecerá toda entera, hasta en sus obras, hasta en su nombre. Desaparecerá del resto del universo, de entre los planetas hermanos suyos, y de entre los planetas desconocidos de otros soles del cielo estrellado, sin dejar sombra de huella alguna en la infinidad del espacio y en la infinidad del tiempo. ¡Y aun se quiere que, á favor de un alma inmortal, el hombre sobreviva eternamente á la humanidad!

CAPITULO V

La Ciencia y la Conciencia

Sí; el hombre y la tierra, pasarán. Pero, ¿qué importa? Para los innumerables discípulos de Buda, ¿no es el *Nirvana*, es decir, la liberación por la nada, el supremo grado de la beatitud? ¿No repiten todos ellos la última palabra del Giaur: «No tengo necesidad de paraíso, sino de reposo.»

«¿Por qué no te retiras—dice Lucrecio—como un convidado harto de vida? ¿Por qué, con espíritu tranquilo, no gozas ¡oh, insensato! un reposo seguro?»

«Bienaventurados los muertos, porque reposan.» (Lutero).

El miedo á la muerte, el horror á la nada, especialmente si se añade el terror y el horror de una muerte violenta, por el hierro ó el veneno, por el agua ó el fuego, constituyen un instinto sabiamente dado por la naturaleza para la conservación de la especie. Sin ese instinto, y si